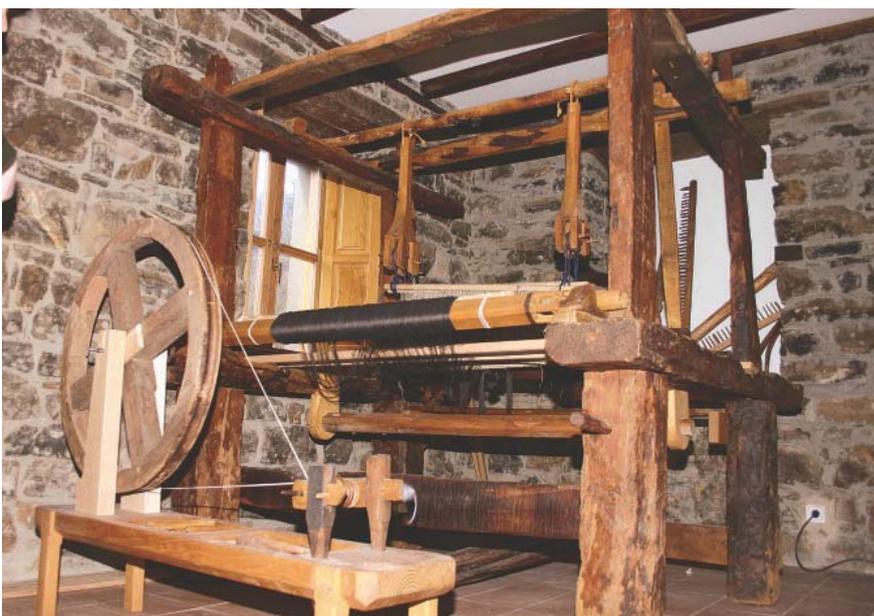


Liébana (Cantabria)
Curso y recuperación de telares

TEJEDORAS DE LIÉBANA

MARIBEL AGUILAR. Texto y fotos.



El Grupo PRODER de Liébana ha apoyado la restauración de dos antiguos telares.

La comarca cántabra de Liébana, enclavada entre los Picos de Europa, la Sierra de Peña Sagra y la Cordillera Cantábrica, estuvo aislada durante siglos de los intercambios comerciales habituales en el resto de la Península, y esto supuso la producción de todo lo necesario para la vida cotidiana dentro de los siete municipios que la componen. Entre estos bienes estaban las prendas de lana que se tejían en Cabezón de Liébana. Pero la modernización de las comunicaciones condenó al olvido tanto a los antiguos telares como al saber hacer de las mujeres que los movieron durante siglos para proteger del frío a sus vecinos. Con la puesta en marcha del PRODER 2, cuyo nombre en la Comunidad Autónoma es PRODER-CAN, el Grupo de Acción Local de Liébana plantea una iniciativa doble, por un lado, la restauración de dos telares de la localidad textil y, por otro, la realización de un curso de manejo de estas herramientas para que el oficio no se pierda, taller que se celebró durante el pasado mes de noviembre con la participación de 18 mujeres de la zona, de 27 a 55 años. Hoy, Lola Gutiérrez y María Bulnes, dos alumnas del mismo, coinciden en destacar que para ellas “esto ha sido sólo el principio, porque queremos pro-

fundizar más y aprender todo aquello que nos permita trabajar cuando queramos en el telar, pues es muy complicado y todavía necesitamos ayuda. Es un aprendizaje a largo plazo”. Los antecedentes de este proyecto formativo los encontramos en dos iniciativas desarrolladas durante el PRODER 1, como explica la gerente del GAL Liébana, Mayte de la Fuente: “Uno de nuestros objetivos era la recuperación del patrimonio cultural y decidimos realizar dos cursos de manejo del telar que despertaron interés entre las mujeres de la zona, así que cuando pusimos en marcha el PRODERCAN, quisimos dar un paso más y restaurar dos telares que se estaban pudriendo en los sótanos de Cabezón. Los han recuperado los hermanos Cires, dos carpinteros de Lamedo, y también han construido uno nuevo con el mismo modelo”. Destaca igualmente la importancia de “enseñar a tejer con ellos a un grupo de mujeres con la idea de recuperar una actividad tradicional, aunque no descartamos que en el futuro alguna de las participantes tenga una iniciativa empresarial artesana que sin duda apoyaríamos. No queremos que sean piezas de museo muertas, sino que su uso permanezca vivo y se siga transmitiendo de generación en generación”.

El Grupo ha encontrado un aliado en el Ayuntamiento de Cabezón de Liébana, que ha adquirido los telares y ha prestado un local para el desarrollo de las clases: “El Ayuntamiento quiere habilitar una sala de exposición donde divulgar el sentido de los telares en la economía rural de nuestra zona, con demostraciones y explicaciones de una de las alumnas del curso que se encargará del funcionamiento de las instalaciones”, añade Mayte. Esta idea ha sido muy bien recibida por las alumnas, cuyo paso por el curso ha supuesto algo más que una adquisición de conocimientos, como explica María Bulnes: “Me gusta conservar las tradiciones de la comarca y me da pena que se pierdan muchas de ellas, como los oficios”. Aunque todavía queda una tejedora en el municipio, tanto María como su compañera Lola saben que se trata de una anciana sin ganas de recordar los duros tiempos entre lanas.

La encargada de transmitir ese conocimiento casi extinguido en la comarca ha sido Pilar Quintana, tejedora de Taramundi, Asturias, de quien sus alumnas hablan con admiración y como un modelo a seguir: “Pilar nos ha aportado mucho y sobre todo, los ánimos para seguir adelante, porque el curso se nos ha quedado muy corto”.

El taller ha tenido una duración de 120 horas por alumna y el presupuesto, 5.000 euros, ha sido asumido íntegramente por el Grupo PRODER.

Hay muchos caminos

Lola Gutiérrez, vecina de Trillayo, perteneciente al municipio de Cillorigo, entró en contacto con el telar a los 48 años y aprendió los aspectos básicos que le han permitido encontrarse con los hilos y desarrollar su creatividad en tapices, alfombras... Hoy cuida a una anciana y pasa el resto de su tiempo dedicada a trabajos artísticos: “Participé en el primer taller de telares hace cinco años y desde entonces he ido aprendiendo sobre la marcha, porque es una actividad que me relaja y que me permite probar cosas nuevas. Pero cuando quieres ir un poco más allá, te das cuenta de que no tienes cómo profundizar... Sin este taller, no sabría manejar un telar de estas dimensiones, pero no quiero que se quede aquí, queremos que tenga continuidad”.

María Bulnes distribuye sus ratos libres entre preparar los exámenes de Económicas e investigar las tradiciones de la comarca de Liébana desde su participación en un grupo folclórico y colaborando con varios investigadores en sus trabajos de campo: “La importancia de empezar a aprender el oficio va más allá de nuestro propia

satisfacción, sin embargo creo que para que esto tenga futuro se debería plantear con más aspiraciones. Pienso que la mejor opción sería la apertura de un museo textil que sirviera de reclamo turístico para los visitantes durante todo el año, y a la vez, producir y vender en el mismo lugar”.

Cuando Eva Salces se apuntó a uno de los primeros cursos de telares organizados por el GAL de Liébana no se imaginaba que con varios años y mucho empeño convertiría las cuerdas de su casa en Villagloria, en Camaleño, en una tienda de productos artesanos de la comarca donde además poder vender las piezas elaboradas en su telar: “Siempre había trabajado en el sector turístico, pero necesitaba encontrar un empleo que me permitiera compatibilizar el trabajo con el cuidado de mi familia. Me encantó el telar y después del curso organizado por el Grupo durante el PRODER 1, me interesé mucho por seguir aprendiendo, fui a cursos intensivos de la Asociación Textil Española y me embarqué poco a poco en esto. Espero que me dé para vivir cuando los críos crezcan”.

A sus 36 años ha encontrado una forma de dar rienda suelta a su personalidad: “Desde siempre me ha gustado recoger los trastos viejos y he apreciado los productos de aquí. Hoy todo forma parte del ambiente de mi tienda, donde también vendo productos de otros compañeros artesanos. Creo que lo más difícil de superar ha sido el autoaprendizaje del oficio de tejedora, porque no le puedes preguntar a nadie tus dudas y tienes que resolver los fallos sobre la marcha, como le pasó a mi marido cuando se ofreció a hacerme él mismo el telar con el que ahora trabajo”, confiesa.

Si la clave del dibujo de los telares radica en el movimiento de los pies sobre los pedales, bien podría decirse que estas mujeres han encontrado en la formación el camino por el que andar hacia sus señas de identidad y tal vez, hacia el futuro de su comarca. 🌿



Eva Salces ha abierto una tienda de productos artesanos donde además vende las piezas elaboradas en su telar.